

forastero á tantos naturales nobles como el Rey tenia en su tierra: ántes si te parece (proseguia el Scita cauteloso) seria mejor, que solos nos entremos en este templo del Dios Marte, y allí cerradas las puertas haremos nuestro juramento, sin que ninguno nos oyga; que yo quiero tambien jurar que cumpliré lo que he dicho; y á mí no me importa ménos que aquesto quede secreto: porque si lo supiese Arsacomas, demas que fuera despertar al enemigo (cosa de grande inconveniente para las disposiciones de la guerra) sin duda que hiciera de mí mismo sacrificio, ántes de darte la batalla: porque fuera imposible librarme del grueso ejército que tiene, y de él que es el mas valiente que ha nacido en mi tierra. Mal conoces el gran valor de tu contrario: hombre es, que habiéndose visto en mil peligros, no sabe que cara tiene el miedo, ni le ha podido espantar la de la muerte. Pareció al Rey discreto acuerdo, y llevándolo al templo al Scita, que estaba cerca del palacio, mandó á la guarda que se quedase apartada de ellos algun trecho; hizo apartar los criados, con orden, que unos ni otros no llegasen á las puertas del templo, hasta que el Rey los llamase, y entrando los dos solos cerraron todas las puertas. Ante el altar del Dios Marte se puso el Rey de espaldas, y puestos los ojos en el cielo, y las manos juntas y levantadas, empezó su juramento como los Bosforanos acostumbran. Lonchatas que le vió tan divertido, y en el término que habia deseado, echándosele furioso encima, le tapó la boca, porque no diese voces ó se quejase, y animosamente le dió la muerte, pasándole muchas veces el pecho con la espada: cortóle luego la cabeza, y poniéndola debaxo de su capa,

de

de suerte que no pudiesen verla, abrió animosamente el templo, y diciendo á la guarda, que mandaba el Rey, que hasta que él volviese, nadie llegase á la puerta, cerrándola como estaba, se fué á la posada, y apercibiendo un caballo, se vino con grande priesa en busca del amigo: y tuvo tiempo de alargarse, porque hasta la noche aguardaron las guardas que viniese, ó que su Rey llamase; y como ni uno llamaba, ni otro venia, abrieron la puerta al templo, y hallaron á su Rey muerto, y al agresor puesto en salvo, que luego se supo: quán de prisa se habia ido: ni entónces le siguió persona alguna, porque sobre la herencia del reyno empezaron las disensiones y los bandos, atendiendo á esto principalmente los que pudieran castigar el atrevimiento de Lonchatas, el qual sin ningun peligro llevó á su amigo la cabeza del Rey, de quien estaba agraviado.

De este buen suceso de Lonchatas nació el cumplimiento de la promesa de Macentas, pues sabiendo lo que he dicho, se encaminó á toda priesa para la ciudad de Maelina, y alcanzando en el camino á Adirmaco, que alegre caminaba con su esposa, le contó lo sucedido en Bosforo, y le dixo que venia á pedirle que fuese á tomar la posesion de aquella corona, pues era él el legítimo sucesor de aquel estado, como yerno del Rey muerto, y marido de la Infanta Macea, hija mayor del Rey su padre. No hizo peor su papel Macentas con aqueste, que Lonchatas con el otro: dióle por consejo, que desde allí volviese á Bosforo con priesa, y que en llevarla consistia el buen suceso de su herencia: porque los que le avisaban y le querian por dueño, pudiesen ántes que á nadie ampararle con la

posesion legítima, y mejorar su derecho: díxole los muchos que querian quitársele, y que el reyno dividido en bandos ya se inclinaba á unos, y ya á otros; y que él corria mas peligro, porque los ausentes negocian mal, y tarde. Ofrecióse á llevar á Macea con el respeto debido á prenda de su Señor natural, y que la serviría de manera, que allá mereciese las mercedes que esperaba de su mano. Díxole que la esposa, aun todavía doncella, le seguiría á menores jornadas, para que quando él tuviese ganado el favor de los vasallos, se alegrasen los fieles, y temiesen los reveldes, viendo volver á su tierra la heredera de aquel Reyno. Y porque sepas quien soy, proseguia Macentas, sabe que soy un caballero de Alania, pariente muy cercano de tu esposa por la parte de su madre la famosa Mastera; gloria y honor de mi patria, cuyos hermanos me envían desde Alania, á que te avise de lo que me has oido, para que con la mayor priesa que pudieres, te halles en el Bosforo: porque no pierdas por detenerte, el reyno que te pertenece de derecho, y que te quiere llevar Eubioto hermano bastardo de Leucanor tu suegro, el mayor amigo de los Scitas; y de los Alanos el mayor contrario. Ansí decia Macentas con lengua y trage de Alania, fingiendo tan natural lo que representaba, que nadie le juzgara por Scita en habla y trage, que como casi lo uno y otro es comun á ambas naciones, no es mucho que Macentas hiciese bien su figura; demas que él era muy semejante á los Alanos, porque usaba siempre corto el pelo; cosa que aborrecen los Scitas grandemente, y que los Alanos usan de ordinario. Creyóle Adirmaco luego, y la esposa le recibió como pariente,

viendo que daba tan buenas señas de los suyos. Aun no se acabó aquí la gran cautela del Scita: porque mirando que persuadido Adirmaco, se aprestaba para partir á Bosforo con priesa, y dexar á Macea que caminase despacio, le dixo, que él le queria seguir, para servirle, si ya no es (decia el cauteloso) que valga yo para acompañar á la Princesa, y que me quieras fiar tan gran tesoro, pues en fe del gran deudo que con ella tengo, procuraré mejor servirla y regalarla. Eso segundo querria que hicieses, dixo Adirmaco, pues contigo irá mas amparada, que al fin eres sangre suya, y en esto suplirás el número de muchos, quando yendo conmigo, tan solo valdrás por uno. Convenidos en esto, Adirmaco á grandes jornadas partió á Bosforo, y Macentas aquella tarde llevó á Macea en el mismo carro que traia, sin intentar novedad hasta la noche que llegaron á la primer posada; y acomodados los criados y gente de servicio, esperó que llegase otro criado suyo que le traia un buen caballo, y despertando á Macea, le contó toda la verdad del caso, y que venia por ella para llevarla á ser muger de Arsaomas; y ella que disgustada con Adirmaco, mas habia acetado el casamiento, forzada del mandato de su padre, que gustosa de la compañía del marido, por estar muy enamorada del valor de Arsaomas, fácilmente acetó el trueco del esposo: ocuparon cada uno su caballo, y amparados del silencio y oscuridad de la noche, se apartaron del camino de Meotis, y atrochando por partes conocidas, y dexando los montes Mitreoros á la derecha mano, se hallaron en Scitia dentro de tres dias. La mayor parte de ellos no pararon: porque solamente para que descansase algun poco la

Princesa, dexaban los dos las sillas; y así el día que acabaron la jornada, se cayéron muertos los caballos. Hallaron en la casa de Arsacomas regalos, fiestas y descanso, quedándose él espantado del valor incomparable de su amigo, y de la gloria que le daba la fortuna con la mas querida prenda de su alma: no sabia con que agradecimiento estimar la fiel correspondencia de Macentas, que venciendo tantas dificultades y peligros, le habia cobrado un bien perdido que adoraba. Macentas glorioso de haber ayudado al amigo que estimaba tanto, mal consentia tales agradecimientos, diciendo que si la firmeza de la amistad que profesaban habia hecho de los dos uno, no debía agradecerle lo que por él hacia, pues era obra hecha en beneficio propio, como si la mano diestra hubiese ayudado á la siniestra en algun conocido peligro: tan unos deben ser los buenos amigos, y con aquella llaneza deben ayudarse y favorecerse. Un cuerpo son los amigos, con una alma viven y se sustentan, porque eso hace el amor con que se quieren: y si los miembros en el cuerpo humano saben ayudarse y corresponderse con llaneza urbana; por qué los hombres, miembros de este cuerpo de la correspondencia y amistad verdadera, no guardarán el órden mismo á ayudarse con llaneza á corresponderse sin engaño, firmes al mal, y al bien del amigo? Tales discursos hacia al suyo, el que tan bien habia mostrado serlo, gloriándose de que el mayor premio de su cuidado era remediar los de Arsacomas, y darle gusto. Los que acompañaban á Macea, supieron con el día, que faltaba: porque para partir, la echaron ménos: el indicio de la fuga de Macentas le calificó por dueño del pasado engaño, y por

agresor del presente atrevimiento. Muchos partieron á avisar á Adirmaco, que á grandes jornadas iba á la pretension de su corona, adonde le halló la nueva. Dexó el camino, tanto para vengar el robo, como por saber ántes que á Bosforó llegase, que era Eubioto elegido por Rey de aquel estado con comun alegría de los pueblos, y que ya le habian traído de la tierra de los Sauromatas, adonde habia algunos años que vivia. Vuelto el burlado Adirmaco á su tierra, juntó un numeroso ejército, vino sobre Scitia para cobrar á su esposa, y ganar la estimacion perdida. Eubioto á instancia de sus vasallos tambien quiso vengar al Rey difunto, y haciendo en sus estados crecidas levadas de gente, juntó muchos Griegos, Alanos, y Sauromatas, y con veinte mil combatientes, aumentó el ejército de Adirmaco, haciendo un crecido campo, pues afirma quien lo sabe, que pasaba de cien mil hombres de pelea: la tercia parte hombres de armas, y muchísimos flecheros. Afligidos nos vimos con enemigos tan poderosos y tantos: procuramos mas defensa, y así juntamos un crecido número de infantes y caballos: elegimos por Capitan General al mismo Arsacomas, hombre fuerte y valeroso, y sobradamente exercitado en semejantes trances; y prevenidos de lo necesario esperábamos el designio del contrario, guardando con cuidado nuestra tierra. Yo que tambien ayudé mi parte en esta empresa, fui uno de los que votaron que presentásemos la batalla al enemigo, sin dexarle llegar muy cerca de nuestras casas: hicimoslo así, ya forzados de ver que se nos llegaba á paso lleno; y disponiendo las haces, le salimos al encuentro, enviando algunos caballos que le inquietasen, y

divirtiesen. Animosamente los esperaron los contrarios, trabando entre las dos caballerías una cruel escaramuza: fué necesario socorrer la de nuestra parte, porque á mas andar, nuestros caballos perdian tierra; y así los amparamos algunas mangas de flecheros, que les echamos de socorro, hasta que nuestro ejército determinado al trance último, se dividió en dos partes; y dando la una muestras, que huía de la fuerza del contrario, que ya á aquel tiempo habia cargado junta, se fué retirando maliciosamente, para traer al enemigo á puesto mas á propósito donde pudiese acometerle: entendieron los Alanos la extratagemá, y aunque al principio mostraron querer seguir el alcance, como vieron que los nuestros huían de manera, que hacian lugar á los que los seguían para cogerlos en medio, se fuéron deteniendo poco á poco, y volviendo sobre la otra parte de nuestro ejército, que es sin duda que era la mas flaca: ellos y los Micienses los cogieron en medio, y los herian malamente, lloviendo sobre ellos infinito número de lanzas y saetas: defendíanse quanto podian; mas no mucho, porque eran ménos que los contrarios; y habian subtenido la batalla todo el dia. Muchos habian dexado ya las armas, sujetos á prision ó muerte, porque de muy heridos y cansados no podian defenderse. Lonchatas y Macentas, que eran los que gobernaban aquel tercio, habian andado en medio del peligro, haciendo hazañas grandiosas, y ámbos se hallaban mal heridos: Lonchatas en un muslo, y Macentas en la cabeza, y de una lanzada muy mal parado un hombro; y ya desesperados de defenderse, procuraban vender las vidas lo mas caro que pudiesen, matando é hi-

rien-

riendo á los que querian quitárselas. Arsacomas que habia guiado la otra parte del ejército, quando vió que era entendido, y que los contrarios no le seguían, volvió valientemente á la batalla á tiempo que vió á sus dos amigos en el mortal peligro; y juzgando por cosa fea desampararlos en aquel tiempo, aunque perdiese la vida, dando de espuelas al caballo, hecho un leon rabioso, se metió entre los contrarios, hiriendo y matando con tanto ímpetu, que los Maclienses no pudieron resistirle, y dándole lugar muy á su costa, porque quanto topaba su espada lo condenaba á muerte, llegó adonde á sus amigos tenían cercados; y haciendo hazañas notables, los retiró seguros: seguimosle muchos luego, y él discurriendo por los contrarios, topó á Adirmaco (quísolo así su desgracia) y dióle un tan gran golpe con la espada, que le derrivó muerto del caballo. Con su muerte desmayaron los Maclienses, que eran los que mas nos apretaban: perdiéron el ánimo los Alanos, y dierónnos los Griegos las espaldas; y no me espanto, que la falta de un General valiente y animoso da temor y miedo á los mas fuertes. Aclamamos victoria á toda priesa, á cuyas voces los nuestros, cobrado aquel valor antiguo, trataron de manera á los contrarios, que de todo punto nos dexaron el campo y la gloria de tan grandioso vencimiento. Hiriendo y matando seguimos la victoria, hasta que la noche con su escuridad puso tregua á nuestro esfuerzo, y libró á nuestros enemigos de la muerte. Los muertos fuéron muchísimos, el despojo considerable, y los prisioneros hartos: al siguiente dia nos enviaron á rogar con tratos de paz, concediendo aventaja-

dos

dos partidos, porque se confirmasen las alianzas antiguas: no nos pareció acertado desechar estos asientos, y así dando comision á Arsacomas y á sus dos fieles amigos, se capituló la paz con estas condiciones.

Que los Bosforanos se obligasen á pagarnos doblado el tributo que nos daban. Los Maclienses se obligaron á la seguridad de aquesta paga, haciéndola ellos, si faltasen los de Bosforo: y los Alanos prometieron recompensar el daño que recibimos en este acometimiento, y que perpetuamente nos ayudarían contra los Indianos, declarados enemigos de los Scitas; y así volvimos á la confederacion antigua: y Arsacomas por el valor de sus amigos, consiguió el premio de sus cuidados, gozando de la hermosa Macea, y satisfizo el honor perdido, vengándose del agravio que le hizo el Rey de Bosforo, y todo el mundo quedó persuadido á que la mayor riqueza de la tierra son los leales amigos.

Á tan grandiosas cosas se animan los Scitas por sus amigos, tales hazañas acometen, Mnésipo, por no faltar á las leyes de la amistad verdadera: juzga tú ahora si son dignas de alabanza. *Mne.* No dudo que son famosas; mas cierto que me parecen hazañas imaginadas, Toxaris amigo, y perdóneme el acinace y el viento, Dióses por quien juraste, que pienso que los has ofendido con el mal cumplimiento de tu promesa, porque por no creer esas verdades, no castigára yo á nayde, aunque las afirmaran con mas apretados juramentos. *Tox.* Por cierto que me ofendo de tu incredulidad notablemente, pues en varon tan generoso y grave, es delito para los que le tra-

tratan y comunican, si ya no es que el no creer estas cosas nazca de la envidia que tienes á la amistad de los Scitas, que en este artículo quedas disculpado; porque por no darte pena, he dexado de contar mayores maravillas en el particular de que tratamos, y que sé yo certísimo, que han acontecido en Scitia. *Mne.* Sea lo que tú quisieres, Toxaris, que poco importa uno ó otro, como tú te enmientes en los exemplos que te faltan, y no los busques tan largos, ni te diviertas en ellos á tan crecidas digresiones, con narraciones tan vanas, que corriendo á toda Scitia, vayas á la region Macliiana, y de allí á Bosforo, y volviendo á andar lo mismo, uses tan mal de mi silencio: porque tengo por imposible oírte tanto, caminar contigo mucho, y hablar tan poco. *Tox.* Dices muy bien por mi vida, y en lo que me falta obedeceré ley tan justa; y así cifraré en pocas palabras lo que dixere, porque no te canses de andar conmigo tantas regiones callando; y ruegôte que me oygas con atencion lo que me sucedió á mí mismo con un grande amigo mio, llamado Sisinnes, porque mi verdad no padezca injuria en tu estimacion por falta de testigos abonados.

Con ánimo de aprender las letras Griegas (deseo á que siempre me he inclinado) salí de Scitia para Atenas, acompañado de Sisinnes mi amigo (1), con quien desde mi niñez tuve amistad estrecha. Llegamos á Amastre Pontica, ciudad puesta en un promontorio, no muy léjos de Carambe, en el mismo camino por donde navegan los de Scitia: llegamos al puer-

(1) Amistad de Toxaris y Sisinnes.